

ALBERTO CATURELLI: *La Filosofía en la Argentina Actual*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971; 373 pp.

Con ocasión del II Congreso Nacional de Filosofía, y dentro de las Actas de este Congreso, Alberto Caturelli ha publicado este volumen dedicado al desarrollo de la filosofía argentina en el presente siglo. Hecho de singular importancia si se considera que desde la obra del P. Furlong, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* (1536-1810), de carácter preferentemente histórico, carecíamos, salvo respetables intentos, de una investigación que sistemáticamente historiara el pensamiento filosófico argentino, al que el autor expone con profundo conocimiento. Desde las primeras páginas se advierte que no estamos en presencia de una simple "crónica" de filosofía, razón por la cual los aspectos cronológicos, aunque respetados, están en función de la exposición temática elegida, conducente a mostrarnos el proceso *vivo* del pensar argentino.

La obra se inicia con una valiosa *Introducción* en la que se ponen de manifiesto los fundamentos del filosofar argentino. Parte de la idea de que hablar del *descubrimiento* de Argentina, y con ella de América, es hacerlo desde una conciencia descubridora que no es otra que la conciencia europea de los siglos XVI y XVII. "Por consiguiente, cuando se habla de «descubrimiento» implícita o explícitamente se habla de la conciencia europea que es la conciencia descubridora y, además, se habla *desde* ella. Por lo menos para un argentino, esto es un acto inevitable" (p. 9). Concretamente esta conciencia descubridora es la del hombre del Renacimiento español, es decir, cristiana: "La conciencia cristiana descubridora de Argentina implica transfigurados y, por eso, vivos, los momentos de la cultura greco-latina. Es esta conciencia la que devela lo estante y originario y lo *nombra* por primera vez como «terra argentea»" (p. 11). Pero el acto del descubrimiento supone la realidad de lo descubierto, aunque anteriormente a tal acto sea *como si nada*, como algo meramente *estante*. "Esta mudez entitativa es lo *originario* supuesto a todo descubrimiento, anterior a la relación ontológica primera en la cual co-aparecen la conciencia *del* ser y la conciencia *de* ser y, en ella, la dualidad sujeto-objeto implicante de la síntesis primera de subjetividad y objetividad" (p. 10). Y la realidad originaria que es en Argentina, carente de la influencia étnico-cultural indígena, simple realidad geográfica, permite al espíritu greco-latino-cristiano edificar él solo una *nueva historia*. Y si consideramos que el acto del descubrimiento implica una temporalidad que se actua-

liza epocalmente, veremos que la historia argentina se encuentra determinada en tres épocas básicas: el Imperio español, la época de la independencia, y la Argentina actual.

Seguidamente, Caturelli muestra la interna relación existente entre la filosofía europea y la argentina, poniendo de manifiesto las tres líneas de pensamiento que se hacen presentes en la especulación argentina contemporánea: la clásica, la immanentista y la espiritualista ecléctica; todo lo cual le permite afirmar "que la Argentina es *interna* a la esencia misma del pensar occidental. Pero esta interioridad al proceso no ha hecho de ella un exponente de un mero «europeísmo» (yuxtaposición bastarda de lo europeo sobre lo originario argentino) sino de su *europiedad* esencial, puesto que siempre se trata de la conciencia europea que devela una circunstancia *nueva*" (pp. 17-18).

Los dos primeros capítulos de la obra nos ambientan en los antecedentes inmediatos del filosofar contemporáneo. En primer término asistimos a un proceso que va desde el tradicionalismo a la tercera escolástica; dentro del primero surge una filosofía religiosa (Félix Frías) con repercusión en el ámbito pedagógico (Martín A. Piñero), o bien una actitud apologética como la de Manuel Demetrio Pizarro. De esta época es la fundación de importantes centros como el Ateneo de Córdoba y la Academia del Plata. Dentro del mismo tradicionalismo, nos dice Caturelli, se dieron las condiciones para el surgimiento de la tercera escolástica, que se anuncia en Juan Manuel Estrada y se explicita en el pensamiento de Mamerto Esquiú. Pero paralelamente a esta gestación escolástica existen otros desarrollos doctrinales tales como el espiritualismo ecléctico de inspiración cousiniana. En esta dirección se destaca Amadeo Jacques "cuyo *Manual de Filosofía* (en colaboración con Jules Simon y Emile Saisset) (1848) crea, sin exageración, un ambiente doctrinal propio (p. 33). Reseña luego el autor la actividad de Juan B. Alberdi a quien considera la figura más importante de este ambiente; Alberdi piensa que es necesario alcanzar una "filosofía nacional" en razón de que "Los principios invariables suponen lo concreto variable y el filosofar consiste en la penetración en lo concreto-propio alcanzando la edad de la emancipación" (p. 34) pues, nuestros padres nos legaron la independencia material y nos toca a nosotros conquistar la espiritual. Por su parte el panteísmo krausista está representado, entre otros, por Luis Cáceres (1828-1874) y por Wenceslao Escalante (1852-1912). Asimismo se hace presente en este período un racionalismo laicista sustentado por Alejo Peyret, Francisco Bilbao y

Carlos Gómez Palacios. Concluye Caturelli su análisis del desarrollo del pensamiento de fines del siglo XIX y principios del XX diciendo: "Si se observa atentamente, no debe extrañar que tanto el krausismo como el racionalismo liberal preparan el advenimiento del positivismo tardío; digo tardío porque, en efecto, lo fue desde el punto de vista cronológico" (p. 40).

El desarrollo argentino del positivismo constituye el tema del tercer capítulo; ya sea un positivismo evolucionista como el de Florentino Ameghino; o bien, de ascendencia comtiana con un marcado interés hacia la metodología pedagógica (Pedro Scalabrini, Víctor Mercante, Alejandro Carbó, etc.) que culmina con la obra de Alfredo Ferreira (1863-1938). Tras reseñar el "psicologismo" de Carlos Bunge; el "evolucionismo psíquico" de Rodolfo Senet; los diversos derroteros del positivismo en sus especulaciones sociales (Francisco Ramos Mejía, Ernesto Quesada, Agustín Alvarez, etc.) y en las doctrinas penalistas de Luis María Drago y Rodolfo Rivarola; el expositor nos conduce a la figura más importante de esta corriente: José Ingenieros, "quien es monista porque sostiene la unidad total del mundo real material; es evolucionista porque este mundo se transforma y es determinista puesto que su transformación se debe a las causas naturales descubiertas por la ciencia" (p. 57).

El ambiente positivista es el trasfondo ideológico desde el que surgen intentos internos de superación como en el caso de Carlos Baires y R. Rivarola. En este ambiente también aparece un nuevo estilo de pensar determinado por la problemática fundamental del ser nacional, dentro del que se destacan Juan Agustín García, que con influencia de Hegel, Tarde y Renán, elabora una filosofía de la historia con marcado sabor nacional; Joaquín V. González que sustenta, desde un panteísmo vitalista, la idea de una Argentina interior, donde el sentimiento de la patria es divino y poético; y por último, Leopoldo Lugones "quien cree necesario un retorno a las fuentes griegas de nuestro ser histórico" (p. 80) que se encuentra expresado en la épica del *Martín Fierro*.

Varios hechos entre los que se destacan la visita de Ortega y la influencia de Eugenio D'Ors "cuyo pensamiento inspira la fundación del Colegio Novcentista en Buenos Aires (1917)" (p. 86), contribuyen a superar el positivismo. En esta perspectiva sitúa el autor el conciencialismo neokantiano de Alejandro Korn, y la concepción de la realidad como sueño de Macedonio Fernández. Expone luego Caturelli el pensamiento de Saúl Taborda de quien nos dice: "más allá de las influencias (muy repensadas) de Husserl, Scheler, Otto.

Spranger, Natorp, Gentile, el pensamiento de Taborda es de lo más original que ha producido el país y, sobre todo, de lo más auténticamente argentino" (p. 92), en especial su concepción de una pedagogía de carácter nacional orientada a la formación del hombre argentino, a cuya esencia nativa denomina lo *faciéndico*. Destaca luego Caturelli la filosofía crítica del derecho de E. Martínez Paz y la filosofía social de Raúl Orgáz.

"El rescate de la metafísica podía (y de hecho así fue) seguir otros caminos, ya desde una valoración de diversas formas de vitalismo, ya desde una nueva visión ontológica del mismo kantismo" (p. 98). Kant, Driesch, Bergson son repensados originalmente por el idealismo vitalista de Coriolano Alberini que intenta una recuperación de la metafísica como ciencia y como gnoseología, a la vez que tematiza el problema del valor como actitud *telética*. Un intento de superación del idealismo de Kant y Gentile es el realismo crítico de Alfredo Franceschi que afirma la existencia de la cosa en sí, aunque "no alcanza a liberarse del todo de los supuestos kantianos que impiden la fundación de la ontología" (p. 105). En filosofía del derecho existe una actitud que pretende evitar "la autodestrucción de la filosofía jurídica en manos del positivismo" (p. 105) así por ejemplo: Alberto J. Rodríguez, Mario Sáenz y, el más original, Carlos Cossio.

*Fenomenología, Historicismo, Axiología* es el título del sexto capítulo de *La Filosofía en la Argentina Actual*, donde junto con otros pensadores es estudiado Francisco Romero para quien el trascender del ser, que se da en todos los órdenes de lo real, alcanza su plenitud en el espíritu como absoluta trascendencia, ligado al valor cuyo sentimiento práctico es la eticidad. "Pero —nos dice el autor— si hay «identidad de contextura real» entre intencionalidad y espiritualidad plena, la «trascendencia» de Romero sigue siendo estricta inmanencia" (p. 119). Seguidamente son expuestos los planteos sobre el sentido de la historia, la religión y el hombre de Víctor Massuh; el problematicismo historicista de Rodolfo Mondolfo y el historicismo espiritualista de Eugenio Pucciarelli. Pero posiblemente el campo más productivo del pensar argentino relacionado con la fenomenología sea el de la estética; en esta dirección destaca Caturelli la estética de la *Einfühlung* en la original formulación de Ventura Pessolano y a Luis Juan Guerrero, pensador de máxima originalidad en estética *operatoria* podemos encontrar una concepción ontológica de lo bello: "el esplendor del Ser puesto en obra", y donde, por otra parte, "se vuelve evidente que la obra de arte es dependiente del

comportamiento de tal existente en el cual emerge" (pp. 134-135).

La crisis del immanentismo moderno y la consecuente tematización de la existencia singular determina varias direcciones del filosofar argentino. Entre los más representativos figura Carlos Astrada que piensa "una filosofía de la existencia des-ligada, de la finitud radical" (p. 152), ya que la existencia es ser-en-el-mundo y juego metafísico en el que se pone de manifiesto su nihilidad; consecuentemente el hombre debe asumir su finitud y conquistar su libertad en la historia, por medio de la *praxis* liberadora de sus enajenaciones. Ideas que son aplicadas por Astrada al hombre argentino cuyo "plasma vital" es el "mito gaucha" encarnado por el Martín Fierro. Venido de una formación clásica, pero madurado hegelianamente tenemos el pensamiento de Nimio de Anquín, al que Caturelli caracteriza como un *ontismo inmanentista*, pues "solamente hay ser como la originalidad necesitante, presencia eterna, en el horizonte de la cognición cuya frontera no es la Nada" (p. 156). Se comprende que desde esta concepción greco-parmenídea del ser de Anquín considere imposible toda filosofía que suponga la noción de Creatio ex-nihilo, es decir, no se puede hablar de filosofía cristiana. Por su parte Miguel Angel Virasoro realiza "una descripción fenomenológica de la conciencia pero como sustancia que se autocrea; una fenomenología dinámica de la conciencia" (p. 158); la existencia se muestra así como finitud y libertad, pero transida por la ansiedad del ser, sobre la intuición del cual emprende Virasoro la construcción de una nueva ontología en la que gracias a la intuición mística existe "la posibilidad de lo transontológico donado por la Revelación" (p. 160).

Otras orientaciones del pensar existencial son las de Angel J. Casares, Arturo García Astrada y Emilio Estiú.

En el capítulo octavo se aboca Caturelli a la exposición de la filosofía cristiana, cuyo enorme caudal (cerca de una tercera parte del volumen) divide por regiones. En la región céntrica estudia los antecedentes remotos del tomismo en Córdoba, el que a principios de nuestro siglo fue ambientado por Juan M. Garro, Manuel E. Río y principalmente Nemesio González en sus críticas al materialismo. Pero la renovación tomista se logra plenamente en José M. Liqueño que tras mostrar que el objeto de la filosofía es Dios, el hombre y el mundo, se dedica al problema del hombre lo que lo conduce a una psicología metafísica; en Rodríguez y Olmos que considera que el ateísmo es una actitud antinatural que no tiene su fuente en la inteligencia sino en la perversidad del corazón; y en Luis G. Mar-

tínez Villada donde “es transparente el intento de demostrar el valor social de lo religioso” (p. 187) y superar el imanentismo materialista. Como resalta el autor, existe un ambiente doctrinal firme al que el Rector Sofanor Novillo Corvalán no hará sino institucionalizar mediante la creación del Instituto de Filosofía, antecesor de la futura Facultad de Filosofía y Humanidades. Es en este ambiente donde se inscribe la actividad de Rodolfo Martínez Espinoza en un intento de rescatar el sentido sacro del universo frente al racionalismo y cuyas ideas políticas revelan la influencia de Maurras. También desde una postura tomista Manuel Río se aboca al tema de la libertad que, bajo influencia de Maritain, lo conduce a la afirmación de un “humanismo integral” que revalore los derechos naturales, el bien común y la democracia que son el fundamento de Occidente. Angel T. Lo Celso nos ofrece su filosofía de la arquitectura, “desde una estética tomista y asimilando el aporte de la filosofía de la *Einführung*” (p. 195). Asimismo, desde una perspectiva tomista, pero preferentemente orientada hacia la pedagogía surge el pensamiento del P. Alberto García Vieyra.

Los grandes temas del suarismo son repensados y madurados por la filosofía de Alfredo Fragueiro cuyas especulaciones metafísicas y en especial la doctrina de las causas y de la analogía del ser son la sólida base sobre la que se edifica una filosofía del derecho que, como destaca Caturelli, es lo más propiamente original de su pensamiento.

Una concepción de raíz agustiniana es la que nos ofrece Emilio Gouiran que considera que la metafísica “es el espíritu que se afirma en una marcha sin fin” (p. 203), es una *conversión* y una *conquista* en la que nosotros mismos estamos comprometidos, y cuyo camino es el del pensamiento concreto. “Pero tal pensar concreto fracasará siempre si parte de lo existente: «debe partir del Ser, es decir, de Dios»” (p. 204). “En la línea de inspiración proporcionada por Platón, San Agustín, Santo Tomás, Duns Escoto, pero también por Pascal, Rosmini, Lavelle y Sciacca, se desarrolla el pensamiento metafísico de Alberto Caturelli” (p. 205) que es clara y coherentemente expuesto en la obra por el Dr. Edgardo Fernández Sabaté.

Si pasamos a la región del norte nos encontramos con una larga tradición que se institucionaliza con la fundación de la Universidad (1914) y que desemboca en el pensamiento platónico-cristiano de Alberto Rougès, para quien lo propio del espíritu es que: “Se va creando juntamente con su futuro que se va, en cierta medida, anticipando. Pasado y futuro nacen y crecen juntos, compenetrados

recíprocamente, inseparablemente unidos" (p. 210), es decir, que la vida espiritual se va autocreando y, por ende, es libertad que se halla sujeta a la jerarquía establecida de acuerdo a la dimensión temporal del presente de los seres. Tucumán nos ofrece otro gran pensador argentino: Benjamín Aybar, que partiendo de una intuición *alógica* que es también premetafísica y prepsicológica, edifica un sistema filosófico al que Caturelli denomina *realismo intuitivo*; basándose en que el "ámbito intuitivo es un «*ir hacia inmanente*» (mi alma) que es «el amor, es mi realidad realizándose, mi alma en acción»" (p. 214), define al hombre como "animal amans". Edifica Aybar lo que él denomina "gnoseología de la totalidad" y una psicología que es metafísica de mi realidad radical, de la *esseidad* que es sublimada por Cristo al asumir la naturaleza humana. El movimiento filosófico en Tucumán es de gran densidad entre los años 1945 y 1965 en los que actúan pensadores como Manuel G. Casás, L. Farré, Mario Petit de Murat, etc. Dentro de una perspectiva tomista Edgardo Fernández Sabaté se pregunta por la naturaleza del conocimiento jurídico; mientras que el tema del ateísmo es tratado con rigor y profundidad por Adalberto Villeco.

En lo que respecta a Buenos Aires nos muestra el expositor cómo el renacimiento escolástico, producido en los albores del siglo XX, se relaciona con tres pensadores: Tomás Casares, de gran actuación en los Cursos de Cultura Católica (1922); Carlos Sáenz y César Pico relacionado a la fundación de la revista *Criterio* (1928). Destacando la importancia que en este ambiente tuvo la visita de Jacques Maritain así como sus publicaciones en revistas argentinas, la obra del Dr. Caturelli nos conduce a quien, continuando la labor de Casares, es uno de los más importantes pensadores tomistas argentinos: Mons. Octavio N. Derisi en cuya actividad se dan cita prácticamente todos los temas del filosofar, entre los que se destacan su filosofía de la persona que conduce a la afirmación de que un humanismo no puede no ser cristiano si pretende ser auténtico humanismo, y sus concepciones gnoseológicas en "una constante crítica del inmanentismo moderno" (p. 229). "A su inusitada actividad se deben no pocas obras de cultura, varias promociones de discípulos y la difusión del tomismo en el continente" (p. 232). La concepción del arte y el hombre en José M. Estrada; el pensamiento religioso de Leonardo Castellani; la filosofía y la política de J. Meinvielle; la original síntesis tomista que nos ofrece Enrique Sampay en filosofía política, son algunos de los temas que nos ofrece seguidamente Caturelli.

Poniendo de manifiesto la importancia de la Compañía de Jesús en nuestro país, la influencia en el pensamiento contemporáneo de la reapertura del Colegio del Salvador en 1868, haciendo justicia a la ingente labor que como historiador de la filosofía argentina ha realizado el P. G. Furlong, nos conduce el autor hasta la fundación del Colegio Máximo de San José en 1936, en cuyo ambiente se sitúa la orgánica labor filosófica del P. Ismael Quiles cuya preocupación central es la persona “estudiada en sus tres planos, psicológico, metafísico y moral y en sus aspectos individual y social” (p. 253); afirma Quiles que el último principio constitutivo de la persona es estar en sí, a lo que, en oposición al existencialismo, denomina *in-sistencia*, que en cuanto encarnada se relaciona con el mundo, en cuanto me comunico con el prójimo se descubre la inter-insistencia y, más allá del mundo y del prójimo, se descubre la realidad de la in-Sistencia que es Dios. El tema antropológico está también presente en Joaquín Adúriz para el que es necesario que desde los fundamentos de una antropología cristiana se intente la *transfinalización* de la antropología marxista. El problema del hombre es también, dentro del pensamiento bíblico, la preocupación del P. F. Boasso.

El pensamiento filosófico en el Litoral, La Plata y Sur, es asumido en Jordán B. Genta como “un enérgico nacionalismo católico” (p. 258); por Carlos A. Disandro que postula un conocimiento simbólico a los efectos de rescatar el *misterio* teándrico que ha sido oscurecido en la actualidad por las potencias *sinárquicas* (demoníacas); en el “realismo inmediato representativo y no entitativo” (p. 260) del P. O. Francella como problema crítico del conocimiento frente al positivismo lógico y el existencialismo; y en Héctor D. Mandrioni que, con influencias de Scheler y el espiritualismo francés, orienta su pensamiento hacia el tema de la vocación del hombre.

En lo referente a la región cuyana, después de analizar sus antecedentes, Caturelli expone el pensamiento de Juan R. Sepich para quien la metafísica —en sus tres tipos históricos: analítica, sintética y existencialista— tiene dos fundamentos, el ser que *es* y el ser *posible*, y que en cuanto a su alcance debe ser “una indicación del más allá” (p. 263); últimamente sostiene que “el pensar categorial es el pensar del hombre y las categorías le hacen conocer el funcionamiento de las cosas” (p. 264). También dentro del ambiente cuyano destaca nuestro autor la labor de Diego Pró y Juan C. Silva, dedicado el primero a una gran empresa de investigación sobre el pensamiento argentino, cuyos resultados viene dando a conocer en

el "Anuario Cuyo"; y, entre los más jóvenes, Nolberto Espinoza, Enrique Dussel y Carlos Bazán.

En el capítulo noveno bajo el título común de *Espiritualismo* son estudiados importantes pensadores argentinos como Vicente Fatone, sustentador de un espiritualismo místico en el que el hombre —en oposición a Sartre— es una *pasión de Dios*, y tres son los caminos para llegar a él: "El del filósofo, el del asceta y el del apóstol que conducen a lo mismo" (p. 312). Para Angel Vassallo "el ser no reside en lo objetivo, ni en una subjetividad infinita (Hegel) sino que «habita en el linde ajustado y preciso de la finitud de la subjetividad»" (p. 314) y en esta subjetividad se descubre la *presencia* del Ser infinito y perfecto, Dios; es decir, que se trata de una subjetividad en la que se encuentra la remisión a la trascendencia, que en Vassallo debe ser "vivida" y por eso la filosofía es un modo de existencia que se realiza en la sabiduría y culmina en la ética. Por su parte Rafael Virasoro considera que "existe un modo de preferencia de los valores fundado en la intuición y tal modo es la *vocación*" (p. 317) que en el fondo es amor que se realiza en actos intencionales emotivos en los que la persona intuye los valores; y tales actos aunque *enmarcados* en la comunidad siempre la trascienden, con lo cual la moral es "una cuestión de *interioridad* y de *individualidad*" (p. 317). Caminos de fuerte espiritualidad y tensionados hacia la trascendencia son los que nos ofrecen pensadores como Luis Farré, Miguel Herrera Figueroa y Emilio Sosa López.

La Filosofía de la Naturaleza, la Lógica y la Filosofía de la Ciencia, son el tema del último capítulo de la obra en el que se expone el desarrollo de estas tres disciplinas en Argentina.

Considerada en su conjunto *La Filosofía en la Argentina Actual* es una obra que pone en evidencia el espíritu filosófico de su autor tanto en lo referente a sus múltiples exposiciones como a su estructura global. Merece una mención aparte la ingente y exhaustiva labor de investigación, parte de la cual se deja ver en sus completísimas notas bibliográficas. Además, Caturelli no se limita a una simple reseña de pensadores, sino que nos muestra el desarrollo filosófico argentino "desde dentro", caracterizando los diversos ambientes, las influencias institucionales y las conexiones sistemático-históricas existentes con el pensamiento europeo, teniendo siempre presentes las determinaciones propias del pensar argentino. Creemos que uno de los mayores méritos de la obra es poner en evidencia que "esta Europa *nueva*, extendida desde el trópico hasta el centro del Polo Sur, busca, a veces agónicamente, su propia expresión filosó-

fica, apoyada quizá en la capacidad de ensimismamiento y de interiorización de sus habitantes”, como él mismo lo dice en el último párrafo de la Introducción. Esperamos que los argentinos sepamos hacer justicia a esta valiosa edición y que, principalmente, nos sirva de incentivo para volver la mirada hacia aquello que es nuestro y que desgraciadamente tantas veces no conocemos.

JOSÉ ANTONIO DÍAZ